

**PERSPECTIVAS DE LOS PAISES ARABES DESPUES
DE LA «CUMBRE» DE RABAT**

Entre las últimas semanas de diciembre de 1969 y las primeras de enero de 1970, la Conferencia que los Estados árabes celebraron en Rabat, no sólo constituyó, de hecho, una etapa esencial en la evolución de los problemas del Cercano Oriente, sino que fue una ocasión propicia para poder revisar la ilimitada prolongación de la que se llamó «Guerra de los Seis Días». Los temas de su orden del día y sus discusiones fueron, desde luego, sólo o estrictamente referentes a las cuestiones de Palestina y de Israel. Es decir, se soslayaron las alusiones referentes a las actuaciones de las grandes potencias, ante las cuales se seguía deseando que, por lo menos, obligasen a los dirigentes israelíes a cumplir las resoluciones del Consejo de Seguridad. También se soslayaron los aspectos morales, legales, ideológicos y humanitarios, que ya habían sido tratados por la Conferencia del mundo islámico celebrada en Rabat a fines de septiembre. En realidad, la reunión árabe, desde el 21 hasta la noche del 23 de diciembre, tenía que haber sido menos pomposa y ruidosa que la islámica, pero mucho más precisa. No se trataba de que la «Cumbre» árabe sentase principios generales, sino de que llegase a un acuerdo sobre medidas concretas inmediatas y bien delimitadas.

El acuerdo firme y claro no se llegó a tomar, aunque se proclamasen varias coincidencias de principios y aplicaciones sobre algunos puntos esenciales. El carácter reservado de las deliberaciones que tuvieron lugar a puerta cerrada, así como la sorpresa de que al final no se facilitase ningún comunicado, hizo que en muchas publicaciones de Prensa de Europa Occidental y del mismo Cercano Oriente se afirmase que la Conferencia de Rabat había sido un fracaso completo. Aunque luego se demostró que no fue ni del todo un fracaso ni del todo un éxito. No sólo porque se tomasen

algunas decisiones que hayan quedado secretas, sino porque, entre otros objetivos, se tendió a ganar tiempo, o, mejor dicho, «a vencer el tiempo»; porque los países árabes tienen en conjunto mayores recursos que Israel para soportar el alargamiento de las escalas, las tensiones y los desgastes financieros.

El rey Hussein de Arabia y el rey Hassan de Marruecos habían sido quienes, en distintas ocasiones, pero con el mismo empeño, habían clamado para que se celebrase la Conferencia de Rabat. Hassan II había incluso sugerido tal reunión antes de que tuviese lugar la agresión de Israel en junio de 1967; y muchas veces se ha preguntado si el haberse celebrado entonces no hubiera sido más útil. De todos modos, desde noviembre del referido 1967, dos sucesivos ministros marroquíes de Asuntos Exteriores (los señores Laraki y Butaleb) dedicaron gran parte de sus esfuerzos a proseguir las gestiones en unas y otras capitales de los demás Estados árabes. En octubre de 1959, un tercer ministro magrebí del Exterior (el señor Guedira) hizo un viaje espacial a Oriente para concretar resultados de la Conferencia Islámica de Rabat. Y el 10 de noviembre, después de una reunión especial de ministros del Exterior y Defensa de los Estados miembros de la Liga Árabe, la «Cumbre» de Rabat fue convocada para el 20 de diciembre.

Cronológicamente, la reunión de Rabat era la quinta que los países de la Liga Árabe celebraban a nivel de los jefes de Estado. La primera y segunda habían sido en Egipto el año 1964. La tercera en Casablanca, el 1965. La cuarta en Jartúm a fines del 1967. Aquella de Jartúm fue para buscar el efecto moral de que los tres países árabes, atacados e invadidos por Israel, no se sintiesen vencidos y recuperasen el ánimo. Así, las manifestaciones del comunicado final fueron de rotunda negativa y repulsas a cualquier posible reconocimiento, negociación o coexistencia con Israel.

En cuanto a las decisiones concretas adoptadas en Jartúm, la más importante fue la del apoyo financiero a los países que habían sufrido el ataque y las desmembraciones. Dicha ayuda a la R. A. U. Jordania y Siria fue proporcionada por Arabia Saudita, Kuwait y Libia, que daban, respectivamente, 50, 55 y 30 millones de libras esterlinas, procedentes de sus ingresos petrolíferos.

En la necesidad de la quinta «Cumbre» de Rabat entraban factores nuevos (aunque en cierto modo aquella quinta reunión ya había sido prevista al terminar la cuarta). Pero durante los veintiocho meses transcurridos entre una y otra, habían surgido varios elementos de imprevistas esperanzas

PERSPECTIVAS DE LOS PAÍSES ÁRABES DESPUÉS DE LA «CUMBRE» DE RABAT

locales palestinas, así como otros factores de fracaso en lo mundial de la O. N. U. Los primeros se referían a la acción intensa de la Residencia de la O. L. P. palestina. Los segundos, a la terquedad con que los gobiernos de Israel rehusaban acatar y cumplimentar la resolución del Consejo de Seguridad, el 22 de noviembre de 1967, para que las tropas israelíes evacuasen en mayo las zonas conquistadas. Además, pesaba el hecho de que los gabinetes israelíes que preside Golda Meir tengan el carácter de «gobiernos de guerra», con una presión acelerada de escalada sobre todos los países arábigos de alrededor.

Desde los puntos de observación de Europa Occidental, al anunciarse la «Cumbre» de Rabat, hubo muchos comentaristas que la consideraron *a priori* como un gran consejo de guerra. Motivo de tal creencia era, entre otros, el de que en varios destacados periódicos del Cercano Oriente se había dicho que la «Cumbre» de Rabat no se ocuparía más que de todo lo referente al conflicto con Israel. En realidad, aquella afirmación se refería a que no se tratarían otros puntos (entonces actuales); como, por ejemplo, el de los incidentes bélicos entre Arabia Saudita y Yemen del Sur, los cambios originados por el nuevo régimen de Libia, o las actitudes y declaraciones de los portavoces de las grandes potencias.

Por otra parte, ya el 9 de noviembre tuvo lugar en El Cairo una reunión conjunta del Consejo de Defensa Común de la Liga. Entonces se aprobó un plan de tres puntos, que se referían a una coordinación defensiva de las tropas árabes regulares destacadas alrededor de Israel y a un mayor apoyo a los grupos de resistencia dentro de Israel. Eran puntos técnicos militares que hacían innecesarias nuevas discusiones de este género. En Rabat, lo que más importaba, como supuesto previo, era mostrar la absoluta unanimidad, de conformidad en la asistencia y coordinación política por parte de los jefes de Estado a los que se considera como dudosamente reincidentes, los cuidadosamente moderados, y los «progresistas» más o menos exaltados. Esta fue la labor previa que en El Cairo se completó por una entrevista del presidente Abdel Nasser con el rey Faysal.

Por fin, antes del sábado 20 de diciembre, ya fueron llegando a Rabat las delegaciones de los Estados participantes, que eran 14 (contando con el invitante Marruecos), e iban encabezadas por sus jefes de Estado (excepto las de Siria, el Iraq y Túnez).

La delegación de Marruecos estaba presidida por el rey Hassan II; la de Argelia, por el presidente Huari Bumedián; la de Túnez, por el doctor

Taieb Slim, representando al presidente Habib Burguiba, que se encontraba enfermo; la de Libia, por el presidente de su consejo revolucionario, Muamer el Kazzafy; la de la República Árabe Unida, por el presidente Gamal Abdel Nasser; la del Sudán, por el presidente del Consejo de la Revolución, Mohammed Gaafar Nomeiry; la de Jordania, por el rey Hussein; la del Líbano, por el presidente Charles Helu; la de Siria por el ministro del Interior, Mohammed Rabat Tawil; la del Iraq, por el viceprimer ministro Hardán Takrity; la de Kuwait, por su Emir Chej Sabah Salem; la de Arabia Saudita, por el rey Faysal; la del Yemen, por el presidente de su Consejo Republicano, juez Abdarramán Al Iriany; la del Yemen del Sur, por el presidente del Consejo de la Presidencia, Aly Salam Rubbih.

Además, llegaron para tomar parte completa de las deliberaciones de la «Cumbre» una delegación de la Liga Árabe, presidida por su Secretario General, señor Abdeljaleq Hassuna, y otra de la Organización de Liberación Palestina (O. L. P.), llevando a la cabeza a su «leader» y presidente Yasser Arafat. Sobre el cual se dijo entonces que asistía como décimoquinto jefe de Estado, puesto que la O. L. P. pasaba por primera vez a tener derecho de voto, igual que las delegaciones nacionales oficiales.

Pocas horas antes de la sesión de apertura, señalada para el sábado 20, algunos delegados se interrogaban sobre la necesidad y la utilidad de aquella quinta «Cumbre», pues creían que si los principales protagonistas del juego político, panarábigo, habían aproximado sus diferentes puntos de vista, y *«avaient réussi à vider leurs querelles»* (según dijo un conocido enviado especial francés), las deliberaciones de la Conferencia se limitarían a dar alguna forma oficial a las previas aquiescencias sueltas de los distintos gobernantes.

El principal objetivo previsto, después de dicha aquiescencia, se creía ser el del efectismo en el terreno internacional. El hecho de inaugurarse la «Cumbre» árabe ocho días después de que la primer ministro de Israel reorganizase su gabinete en términos de la mayor dureza, impulsaba a afirmar que la solidaridad arábiga se reafirmaba como factor atento y vigilante. En cuanto a la U. R. S. S., después de la visita a Moscú de varios dirigentes egipcios, y a las declaraciones supuestamente conciliadoras de William Rogers, los organizadores de la Conferencia de Rabat tendían a hacer recordar que, en todo caso (y sean cuales fueren los acontecimientos futuros), el conjunto de los países de la Liga Árabe, con sus casi 11 millones de kilómetros cuadrados, sus 100 millones de habitantes y sus enormes

recursos en petróleo y algodón, fosfatos, etc., constituyen cada vez más un factor regional común de crecientes posibilidades.

La inauguración de la Conferencia, prevista para el sábado 20, fue aplazada dieciocho horas; y, de hecho, se desarrolló entre la mañana del domingo 21 y la madrugada, entre el 23 y el 24; alegando la llegada tardía de algunos jefes de Estado. Las sesiones fueron en el edificio del Hotel Hilton, cuyo gran salón estaba cubierto por las banderas de los 14 Estados de la Liga, y el oriflama palestino. Abrió solemnemente la primera sesión pública el general Gaafar el Nimeri, del Sudán, al cual habría correspondido la presidencia, según la rotación establecida por la Liga, pero se apresuró a cederla al rey Hassan II, el cual comenzó por pedir un minuto de silencio, que toda la concurrencia cumplió de pie, como respeto a los mártires de Palestina (Tierra Santa del cristianismo y el Islamismo). Luego habló el secretario general de la Liga, exponiendo los objetivos principales; a lo cual siguió la salida de periodistas e invitados especiales, comenzando las sesiones de trabajo a puerta cerrada.

A pesar del procedimiento de clausura y del obligado secreto oficial, pudo transparentarse que el tema casi único de las deliberaciones fue el de Palestina, según estaba previsto; pero con tantos arrebatos en las discusiones, que en la sesión del día 23 se llegó a temer que la Conferencia, no sólo fracasase de plano, sino que produjese un comienzo de rotura de todo el sistema panárabe. La polémica alcanzó en un punto tanta exaltación, que no se presentaron a las sesiones las delegaciones de Siria, Iraq y Yemen del Sur. Después, el propio Gamal Abdel Nasser, presidente de la R. A. U., se levantó y abandonó el salón, produciendo gran sensación con su retirada. Según explicaron posteriormente los corresponsales de la Prensa diaria española, el motivo de las ausencias y del portazo fue el de que los soberanos de Arabia Saudita y Kuwait no se mostraban muy dispuestos a acrecentar sus ayudas económicas a la causa común.

Gracias a los esfuerzos insistentes de varias personalidades (entre los cuales el rey Hassan II), se pudo al fin lograr un arreglo en el debate de las subvenciones. Así, además de mantener las ayudas prestadas desde la Conferencia de Jartúm, se acordó conceder en principio 26 millones de libras (equivalentes a 4.368 millones de pesetas) para la Organización de Liberación de Palestina. O sea, 12 millones para «consolidación de la revolución cumbre», 14 millones para «sostener la resistencia de los árabes que viven en los territorios ocupados». Aunque las entregas de dichas sumas no se

harán, sino después de una serie de negociaciones parciales que Yasser Arafat tendrá que hacer con cada uno de los gobiernos que faciliten las subvenciones.

La «Cumbre» terminó en la madrugada del 24, con cinco horas de alargamiento y fatiga general. Luego se abrieron las puertas para la sesión pública del cierre, y el rey Hassan II, después de unas frases de agradecimiento a todos y a sus realizaciones de trabajo, cerró la sesión, sin que se diese lectura a ninguna clase de resoluciones. Aunque a continuación, y en un salón anexo, el soberano marroquí recibió a todos los enviados de la Prensa árabe y mundial; contestó a todas las preguntas; y aclaró los extremos que la falta de comunicado había dejado en el aire. Según dijo el rey del Magreb, no se daba comunicado común porque no se podía exponer todo lo decidido. Eso dejó suponer que habría habido decisiones secretas, incluso de posible carácter bélico, Hassan II respondió a una pregunta sobre si se había descartado una solución pacífica del problema palestín, diciendo: «Esa es precisamente una de las razones por las cuales no hemos querido hacer un comunicado común».

De todos modos, quedó como cierto que, por lo pronto, en la «Cumbre» se concedió una especie de delegación a los comandos de las «fadayin» palestinos para que puedan acentuar su papel de protagonistas en la vanguardia del enfrentamiento con Israel.

En cuanto a los resultados generales, el Director de Información de la Liga Árabe, señor Yanya Abu Bakr (que llegó a Madrid procedente de Rabat), hizo unas declaraciones especiales al diario *A B C*.

Según el señor Abu Bakr, el balance de la «Cumbre» puede considerarse positivo, pues en realidad a los árabes sólo se les ofrecían dos caminos: el de constituirse en Consejo de Guerra contra Israel, con lo cual (dijo) «le habríamos brindado una coartada política espléndida», o precisar los términos de un apoyo a los palestinos y una coordinación de recursos árabes «para la defensa de los derechos violados por Israel». En cuanto a la «Guerra de los Seis Días», el Director de Información de la Liga Árabe reiteró que aquello fue sólo una batalla, no propiamente una guerra, y que por eso Israel no puede poner condiciones de vencedor. Así, el señor Abu Bakr precisó que, «mientras Israel persista en negociar desde condiciones impuestas, no habrá negociación».

En resumen, desde varios puntos de vista, las aplicaciones próximas y los desarrollos más posibles de la «Cumbre» panarábiga, celebrada en la

capital marroquí, quedaron centrados sobre una mayor representación y unas facilidades mayores para los representantes de Palestina y del pueblo palestino. Al final, lo mismo que al principio, el papel más firme y destacado fue el de Yasser Arafat. Cuando llegó a Rabat en el mismo avión que Gamal Abdel Nasser, y abrazó cordialmente al rey Hassan, el «leader» de los guerrilleros palestinos, «no ocultaba la satisfacción y confianza» (según hacían notar los testigos presenciales, marcando un contraste con el aire preocupado o reservado de los dirigentes de otros países). En el día de la apertura de las sesiones, y al entrar en el salón del Hilton, Yasser Arafat, vestido con traje militar kaki y tocado con un kefieh blanco y negro, saludó, levantando el brazo y haciendo con dos dedos la V en signo (churchiliano) de victoria. A continuación presentó a los jefes de Estado un memorándum en cinco puntos de reivindicaciones palestinas esenciales. Y después de terminarse la «Cumbre», expuso en una Conferencia de Prensa su concepto ideal del futuro palestín.

Yasser Arafat afirmó entonces, solemne y repetidamente (en su doble carácter de presidente de la Organización de Liberación Palestina y Jefe de la formación guerrillera de Al Fatah), lo siguiente: «En cuanto al porvenir del Estado de Palestina, yo lo veo como la creación de un Estado colectivo, donde convivan judíos, cristianos y musulmanes en un orden de igualdad. Un Estado donde no haya racismos ni odios; fundados sobre la paz y la fraternidad entre sus habitantes». También dijo que él y los suyos estaban «pronto a habitar juntos con los judíos en el marco de una ciudadanía puramente palestina», y precisó: «No luchamos contra el judaísmo sino contra el sionismo. Son muchos los judíos de religión que viven en Israel, que piensan como nosotros; y muchos están en prisión por defender esta causa de un Estado judeo-cristiano-musulmán.»

Entre tanto, en Rabat, y cuando aún no se habían apagado los ecos de los últimos momentos de la quinta «Cumbre», la mayor parte de los informadores y observadores internacionales que allí se habían congregado coincidieron en afirmar que los mayores beneficiarios habían sido Yasser Arafat y Gamal Abdel Nasser. De ahí el interés y la expectación que despertó el anuncio de otra conferencia en Trípoli, entre los tres presidentes de las repúblicas de la R. A. U. Libia y el Sudán. Abdel Nasser y el coronel Kazzafy; al irse de Rabat, hicieron un alto en Argel, donde cambiaron impresiones con el presidente argelino Bumedíán. Luego, Nasser, Kazzafy y el presidente sudanés, Nomeiry, celebraron en Trípoli unas conversaciones especia-

les; a las cuales se llamó «pequeña Cumbre tripartita» por algunos comentaristas. También se dijo que la reunión de Trípoli había sido para remediar el supuesto «fracaso» de la Conferencia de Rabat (donde se procuró que no pareciese un consejo de guerra) y crear con los tres países: egipcio, libio y sudanés, un frente bélico regional más decidido. En realidad, la reunión de Trípoli había sido fijada con anterioridad a la de Rabat; es decir, a mediados de noviembre.

Resultado inmediato de las conversaciones tripartitas fue un comunicado facilitado el lunes 27, indicando que los jefes de Estado de El Cairo, Trípoli y Jartúm, se reunirán periódicamente cada cuatro meses. Además, se decidió formar unos comités especiales de coordinación en los sectores económicos, militar y cultural. Respecto a lo político, el comunicado no hacía ninguna manifestación, aunque se refería vagamente a «una alianza revolucionaria para frustrar las intrigas imperialistas y sionistas».

El nuevo rumbo regional de triple acción entre los tres países, concertados en la capital libica, completó su iniciación después de que al comenzar enero, en Jartúm, el presidente egipcio, que había ido para asistir al XIV aniversario de la independencia sudanesa, dijo que la R. A. U. estaba organizando un ejército de 1.000.000 de hombres; y que esto ayudaba al propósito de los pueblos árabes de rechazar la rendición. En cambio, no se precisó el papel que Libia y Sudán pueden prestar a Egipto para los reforzamientos de su defensa. De todos modos, se señaló que la consolidación del pacto regional libio-egipcio-sudanés no sería de ningún modo contrario a la pertenencia de todos a la Liga Árabe; como no lo fue tampoco, en su tiempo, la unión más estrecha que hubo entre Egipto y Siria.

Posteriormente se difundieron por todo el mundo árabe y Europa Occidental (siendo en todas partes subrayado) unos informes que un diario de Rabat dio sobre una entrevista que Abdel Nasser tuvo al comenzar enero con una delegación de los palestineses, presidida precisamente por Yasser Arafat. Abdel Nasser habría dicho que él siempre había tenido la opinión, y seguía teniéndola, de que un arreglo político salvaguardaría a la R. A. U., los palestineses y los otros árabes, de «catástrofes inevitables». Por su parte, el jefe del Estado egipcio propondría un arreglo político sobre la base de las mejores condiciones que pudiesen obtener los Estados Unidos haciendo gestiones más insistentes sobre Israel (de acuerdo con los puntos del plan de Rogers, en el cual existía cierta inclinación hacia los puntos de vista árabes). Varios comentaristas de Europa Occidental apuntaron

que la moderación del «leader» de la R. A. U. se debía a la convicción que él mismo manifestó a sus interlocutores de que la superioridad técnica militar de Israel (sobre todo aérea) es ahora superior a la de todos los Estados árabes reunidos, pues éstos poseen ya bastantes aparatos, pero están escasos de pilotos y harían falta cinco años para formar un número suficiente.

En resumen, Abdel Nasser resumió un deseo árabe general de resistir, siguiendo la preparación para la guerra y apoyando a los guerrilleros palestinos, pero concediendo preferencia a cualquier solución política de paz, sobre la base de recuperar los territorios perdidos en 1967, según las normas de la resolución del Consejo de Seguridad en noviembre del mismo 1967.

De un modo u otro, el Jefe y creador del actual Estado árabounido vuelve a ponerse en primer plano de la evolución general del conjunto de los países y los pueblos de lengua y mentalidad arábicas. De él dijo recientemente en un diario de París, el moderado y experto político libanés Joseph Abu Kater, que es un «leader» «que juzga los acontecimientos sin odio ni pasión. Con una moderación objetiva que busca el buen derecho, pero sin eludir las graves responsabilidades». Por otra parte, en los más autorizados testimonios de los enviados especiales de Prensa españoles, en ocasión de la Conferencia de Rabat, se dijo: «El jefe egipcio parece conserva una mágica aureola de caudillaje que nunca le negaron las masas». Y ese prestigio tiende resueltamente hacia la paz, aunque la obstinación de los dirigentes del Tel-Aviv no cesa de persistir en un empeño de violencia. Empeño al fin y al cabo tan dañino para el pueblo hebreo y el judaísmo espiritual como para los mismos árabes.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

